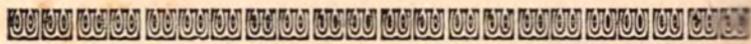


que los que caían en ellas fueran á matar ó dejarse matar, en tal ó cual país, bajo las órdenes de este ó el otro general. . . . ¡ eso no! Los muchachos no tenían ni pizca de voluntad para enfrentarse con furias de forma humana. Mejor aquí, que no hay contribuciones, ni quintas, ni tampoco clases altas y bajas: aquí todos somos iguales; no hay ninguno de aquellos antipáticos ricos, ó nobles, que allá pasan por nosotros sin saludarnos siquiera. Eso se decían los jóvenes. En consecuencia, quedáronse en el Brasil.

En el pueblo no había funcionarios públicos, solamente el Gobernador y ocho ó diez Inspectores, nombrados al sorteo entre los jóvenes artesanos. Esos Inspectores no eran fijos, pues sólo en tiempo de recolección vigilaban los repartos para que se efectuaran íntegramente. Después quedaban libres para otros trabajos. Los ebanistas, ahí tenían cercano el bosque de caobas, cedros y otras maderas. Construían muebles de lujo que vendían en Belén. ¿Quién les pedía un céntimo de esa industria? ¡Nadie! Si trabajaban solos, de ellos era su trabajo; si tenían uno o más compañeros, no había necesidad de recordarles la ley de sociedad: ellos la sabían y lo practicaban á conciencia. ¿Cómo habían esos muchachos de volverse á un país donde las categorías y el sinnúmero de empleados públicos, piden gran cantidad de dinero para cubrir sueldos, poniendo al Estado en el caso de recargar al pueblo con impuestos, que á veces no puede pagar? ¡Oh!—decían ellos y ellas—si en nuestra patria hubiera esta ley de aquí, con qué gusto volveríamos allá!

Para dar cuenta aproximada del estado del pueblo después de cinco años de su fundación, es preciso decir algo más. Lo haremos en capítulo aparte.



CAPITULO LV

CONTINUAN LAS NOTICIAS

El pueblo del Espíritu, como se sabe, estaba erigido en el centro del gran cuadrilátero formado por las quince leguas cuadradas.

Los cultivos apenas se alargaban de la población á una legua de distancia hacia los cuatro puntos cardinales; y eso porque el terreno que era sembrado un año, al siguiente dejábase descansar. No había aún bastante personal para ir más lejos. Por consiguiente, se podía afirmar que, durante un largo lapso de años, la mayor parte de aquellos férciles terrenos, quedarían incultos. Los indios nativos de aquel suelo no sabían manejar más que los instrumentos de caza y pesca y acaso plantar á la estaca algún maíz y alguna yuca y plátanos. En cambio, los antiguos rancharos de Miraflores, sabían manejar muy bien, porque en aquella hacienda lo aprendieran, los aperos de labranza, cultivo y recolección de cereales, y ellos enseñaron á los otros.

El Gobernador, siguiendo su pacífico sistema de consejo y no mando, indicó á los entendidos que procurasen atraer á los otros, uniéndose con ellos para formar sociedades agrícolas, y así lo hicieron. A la fecha todos sabían manejar el arado, segar y practicar todas las operaciones necesarias á la recolección. Ocho ó diez de los ignorantes acompañados de uno ó dos de los sabios, íbanse por el lado Sur á labrar la tierra, mientras otra cuadrilla, compuesta como la anterior, dirigíase al Norte á efectuar lo mismo: igual cosa se verificaba al Este y Oeste. Así quedaba sembrado gran espacio de terreno. El día de la recolección, los inspectores íbanse á presenciar, y en esa época, si tenían gran faena. Los granos ya ensacados comenzaba la división. El Inspector echaba mano al bolsillo sacaba un papel con la Ley escrita y leyén-

dola en voz alta todos quedaban enterados, á saber: partes iguales para cada uno, otra parte, cedida de mancomún, para el funcionario vigilante. Todos quedaban conformes y el reparto se hacía gustosamente porque en aquel papel estaba la palabra del señor Gobernador á quien toda aquella gente veneraba.

Los sacos, cargados en carretas, eran conducidos al molino. Este estaba en manos de dos albañiles y familias que quisieron encargarse de esa industria. El grano recibido era pagado en el acto. Escogido, á la tolva con él. Ensacada la harina, llegaba la carreta de los panaderos á llevársela, abonando también en seguida su valor. Ya en la panadería se ponían en rimeros los sacos hasta que la cernidera, con gran cedazo cilíndrico, manejado por un manubrio, fuera soltando las harinas de cuatro clases. La última, que era el salvado o afrecho destinábase á comida de los animales, especialmente de las gallinas, que en todas las casas del pueblo las había por docenas.

Los artesanos no entendían nada de horno, pero sus mujeres lo entendían bien y ellas pronto los pusieron al corriente de esa industria que manejada con integridad, produce ciento por ciento. No amasaban de noche sino al caer la tarde, dejando el pan muy bien abrigado para que amaneciera tibio.

El molino estaba fuera del pueblo. Al crepúsculo vespertino, sus dueños cerraban la puerta volviéndose á su habitación de la ciudad. Esas cuatro familias, á la fecha, tenían grandes ahorros; por consiguiente, pronto serían medianamente ricos. A no ser por el miedo aquel de las contribuciones de dinero y sangre, podían retornar á la patria llevando un buen pico. . . . pero no; ni pensarlo!

Por medio de cartas se trató con el médico Silvestre y el ingeniero Blas, proponiéndoles su ingreso en el pueblo del Espíritu. Aquel como médico titular de la ciudad, con renta fija de trescientos duros mensuales; el otro por si quería ingresar en el negocio minero.

Míster Ruy, quizá por aquello que dice “dime con quién andas, te diré quién eres”, habíase convertido en un buen socialista, deseando ansiosamente tener otro ingeniero con quien compartir la vigilancia de los trabajos mineros, que todos los días le tenían fuera de su casa. Amaba á su familia mucho más que al dinero, y quería quedar libre para dar expansión á sus afectos, siquiera una semana sí, otra nó.

No fué poca su alegría cuando supo el arribo de Blas

á las playas del Brasil. Silvestre traía á su madre y á su esposa: el amigo venía soltero.

Don Gabriel y Alberto, avisados á tiempo por medio de telegrama del doctor Amador, corrieron al puerto á recibir esa familia y conducirla á Miraflores, donde los viajeros fueron acogidos con júbilo.

A los dos días ingresaron en el Espiritu. Aquí, el Gobernador y los suyos, hicieronles brillante recepción.

Doña Rosario, madre del médico, éste y Herminia, su esposa, fueron instalados en una casa amarilla, fronteriza á la de Angelina. La joven recién llegada era bella y bastante instruída.

Cuanto á Blas, por lo pronto habitó con sus amigos. Mister Ruy fué á visitarlo muy pronto y se lo llevó á ver la mina para que examinara su riqueza. Hízole la propuesta de vigilar los trabajos una semana y él otra. Blas aceptó; y al terminar su primer período de presidencia, conoció que aquello le convenía, por lo cual quedó definitivamente asociado á Mister Ruy. El amigo Silvestre, aconsejóle que se fuese á Belén y buscarse allí alguna joven con quien casarse, porque en el Espiritu, el que quería tener mujer, era preciso que fuera propia.

Y Blas, que estaba en la florida edad de los veinticinco años, edad en que el amor pide á voces la estrecha compañía de dos seres de distinto sexo, oyó el consejo. Don Alberto dióle carta de recomendación para el doctor Amador y fuese al puerto Blas, en busca de mujer. Presentó su credencial al médico, y como quiera que en la misiva columbrábase algo del asunto á Amador llevó al joven casa de una hermana suya que tenía hijas casaderas. A los pocos días Blas pedía la mano de Enriqueta, preciosa rubia, de unos diez y ocho años de edad, sobrina mayor del médico, petición que le fué otorgada en el acto.

El ingeniero dijo la premura de su vuelta al Espiritu y que deseaba llevarse consigo á su esposa. Por consiguiente, la boda se apresuró. Avisados por telegramas, don Alberto, el Mister, César, Angelina y Mariquita, se fueron á Miraflores, partiendo de allí con Armida, doña Antonia, Alberto y don Gabriel, para el puerto. Silvestre y la esposa se habían ido por delante. Cuanto á doña Rosario, quedóse arreglando la casa para la nueva familia.

La boda fué muy lucida, y después del banquete, la gran cabalgata emprendió la vuelta á Miraflores, y desde allí al Espiritu. Los nuevos esposos instaláronse en otra casa amarilla vecina á la de Silvestre. Don Alberto iba llenando su pueblo de buenas gentes.

Si hemos de creer que una Inteligencia Suprema gobierna al Universo, podemos considerar la abundancia y bienestar de aquellos vecinos, como premio de la moral cristiana implantada, y ejercida por ellos. No privaban el boato y la ostentación, tan contrarias á la pura doctrina del Gran Maestro.

Todos los meses se efectuaban visitas de Miraflores al Espíritu ó de éste á la hacienda. Cuando iban César y Angelina, se incorporaban á ellos algunas indias de la antigua ranchería, que iban á ver á doña Armida, ya no la niña; ésta tenía gran placer viendo llegar á las mal pergeñadas de antaño, portando buenas amazonas con sombrero de pluma, guantes manoplas y latiguillo con puño de marfil, guiando briosos corceles... Un pensamiento luminoso, rápido, cruzaba entonces la frente de la joven que, con cierto orgullo, se decía: yo he sido la causa de esa metamorfosis. Orgullo bien justificado que nada tiene de reprochable. ¿Dónde hay cosa más bella que convertir lo feo en bonito y lo malo en bueno?

Si los millonarios que viven rodeados de mundana pompa, supieran la gran fruición que reporta al individuo sembrar el bien á manos llenas, repartirían en vida sus riquezas para gozar con la felicidad de aquellos á quienes de pobres infelices hubiesen transformado en seres dichosos. Pero nó; prefieren morir agarrados al orò, que no sueltan sino cuando arrebatándolos la Parca, los arrastra consigo á una tumba, donde, indelectiblemente, tendrán que practicar la igualdad que en vida rechazaron...

Un día don Alberto avisó á Miraflores, que al siguiente iría con los antiguos operarios á visitar la famosa gruta, antigua residencia del Espíritu del Río.

Ester, Mariquita, Ruy, don Aurelio, César, Angelina y todos los artesanos, como asimismo algunas indias de las avanzadas, encamináronse en alegre cabalgata en demanda de la cueva. Las esposas no acompañaron, por los chiquillos que todas tenían, pero sí Silvestre y Blas, con sus consortes.

Al llegar ataron las muchas bestias, y quitando las piedras que tapiaban la entrada, encendieron algunos faroles, que á propósito llevaban, descendiendo de dos en dos por el estrecho callejón. Al llegar abajo comenzaron los gritos de admiración al contemplar la grandiosa, fantástica arquitectura. El arquitecto, al punto sacó un lápiz y papel para hacer un croquis y por él pintar un gran cuadro que representara aquella maravilla natural. Dando más

amplitud á la puerta de la roca, la cueva quedaría más iluminada y podría verse gran parte del vallecito, del cual nada puso en el boceto porque le bastaba recordarlo; no así la Gruta, que pedía detalles de sus múltiples pilastras de estalactitas y estalagmitas. Terminado que hubo, guardóse el papel, sabiendo con certeza, que allí llevaba algunos centenares de duros.

Oyendo un cierto rumor, lanzáronse todos por el túnel, á la ribera. Allí estaban conducidos por el "Céfiro", Alberto y Armida, don Gabriel y la esposa. Los chiquillos de éstas, como asimismo, Saida y Adalberto, hijos de Armida, quedaron al cuidado de doña Toribia, que aborrecía mortalmente la cuestión de embarque, jurando que nunca volvería á navegar: no olvidaba aquel su pertinaz mareo, diciendo: por tierra firme á donde quieran, por agua á ninguna parte.

Ya reunidos todos los expedicionarios registraron el vallecito, huyendo el bulto de algunos machos cabríos que les miraban con torva faz. Por el suelo había esparcidos algunos esqueletos reveladores de que allí, en tiempo del celo, libráronse rudos combates á muerte. Después de tomar el almuerzo fiambre que llevaron, don Alberto registró sus antiguos armarios ó covachas donde bien alineada conservábase su tosca, primitiva cerámica: buscaba algún retazo de trenza de la mucha que Armida fabricó para la construcción de la almadía salvadora. Al fin, halló unos cabos; cogió los lienzos restantes de sus tejidos de cabulla y, haciéndolos en tiras, entregó todo á los muchachos para que formaran cordeles que sirviesen como ronزال á las cabras, pues iba á darles una á cada uno.

Entretanto, el abuelo preguntó al nieto cómo iban los adelantos del nuevo sistema implantado en la hacienda. Contestóle que todo marchaba viento en popa. El pedagogo tenía muchos y buenos discípulos. Los labradores, contentísimos, tenían ya muy buenos ahorros. Algunos habían comenzado á fabricar sus casitas, para dejar el galerón grande, que se usa en las haciendas de café como albergue para los trabajadores; ese quedaría después para almacén de productos rurales. El señor Lucas, como su casa del bosque estaba rodeada de buenos terrenos incultos, dióse al desmonte, formando entre él y sus hijos una grande y productiva huerta, cuyos melones, sandías y muchas otras variadas hortalizas, tenían fama en los mercados de la capital.

—¡Ah, hijo mío!—dijo Sorel—aunque no se tenga otra recompensa en el mundo, basta con la propia conciencia que nos dice ser nosotros la causa eficiente de la felicidad de nuestros prójimos.

—Así es, querido abuelo: todas esas gentes me bendicen hoy. A veces me da cierto sonrojo de recibir tanto homenaje... porque, después de todo, me parece que no he hecho otra cosa que cumplir con el deber, y eso no merece loores.

Considerando el modo con que están regidos los actuales pueblos ó agrupaciones sociales, sí merece loarse al sujeto que implanta en sus propiedades el sistema socialista.

En seguida dirigiéronse á la ribera para despedir á los cuatro náutas, que, dando un adiós hasta después, embarcaron y á impulsos de los remos, manejados por Alberto y Castañeda, el "Céfiro" surcó gallardamente las ondas navegando contra corriente y perdióse de vista en pocos minutos.

Don Alberto y su comitiva retornaron á la Gruta, saliendo á la cañada y, esquivando á los adultos chivos, que por suerte aún no estaban muy bravos porque el tiempo de su furor celoso había pasado por el pronto, comenzaron á soquear unas dos docenas de cabras, entre ellas la mocha, que su antiguo dueño se llevó para sí. Los muchachos agarraron los ronzales, y, previamente encendidos los faroles, lleváronse el ganado cuesta arriba: los pequeños cabritos iban saltando detrás de las madres, cosa que las tranquilizó, pues al principio hacían esfuerzos para soltarse; era muy natural porque las alejaban del fresco valle donde nacieron; dejaban para siempre su hermosa cuna.

Al salir todos á la pradera, volviéronse á colocar las piedras de la entrada: cabalgaron y, no muy á prisa por no estropear mucho á las barbudas, llegaron al Espíritu. Cada cual llevóse á su domicilio una cabra con su prole. El Gobernador se quedó con la mocha. Al otro día dos albañiles y dos carpinteros pidieron permiso para volver á la Gruta á poner una puerta en la entrada del callejón. Otorgada la petición, inmediatamente labraron dos hojas de una gran puerta y un marco arreglado á sus dimensiones. Todo lo terminaron en el día. Al siguiente, pusieron dos sacos de argamasa en una carreta atando encima puerta y marco, goznes y gran candado con llave, y armados de picos y cucharas de repello, montados en buenas bestias, ya iban á partir cuando uno de ellos recordó que era preciso llevar algo de almuerzo. Echaron pie á tierra volviendo á sus casas donde pronto les dieron algo ligero, porque tenían prisa. Después examinaron si faltaba algo en la carreta y vieron que de veras casi perdían el viaje; faltaban las visagras, tornillos, martillo y destornillador: todo púsose al momento en el vehículo. No conformándose con el tardo paso de los bueyes, uncieron al carretón dos fuertes mulas que, quieras que

no, al chasquido del látigo, tenían que galopar como los otros cuatro cradúpedos. A la tarde regresaron.

—Señor—dijo uno á don Alberto—aquí tiene usted la llave de la cueva. Emparejamos la roca con los picos: pusimos el marco sujetándolo con piedras y argamasa; después colocamos los tableros con goznes y visagras y por último echamos el candado. Aquello quedó muy seguro. Quizá cualquier día querrá Ud. mandar á traer más cabras, porque los indios no quedarán contentos cuando vean que nosotros tenemos y ellos no.

—En efecto—dijo Sorel—este es el pueblo de la igualdad. Un día de estos iré con algunos de ellos y traeremos otra partida. Por de pronto no hay para surtir á todo el pueblo: hay que dejar allá algunas parejas para la reproducción. Sortearé las que se puedan traer, y los que se queden sin cabras esperarán hasta las nuevas crías. Yo les hablaré y mis gentes quedarán conformes: no habrá disgusto: os lo afirmo.

Angelina y César, á pesar de tener ella cuarenta y uno y él cuarenta y cinco, continuaban tan amantes y cuidadosos uno de otro. Si por acaso en sus diarios paseos ella tropezaba en una pequeña piedra, él al instante se agachaba cogiendo la guija y estrellándola iracundo contra cualquier canto. Después reía, diciendo:

—¡Estoy convertido en un don Quijote!, los molinos de viento se me antojan gigantes!

—Pero tu Dulcinea se halla siempre á tu lado real y positivamente, mientras que el otro pobre sólo la vió en su magín.

Así sonrientes y alegres terminaban por sentarse bajo algún árbol frondoso, donde la armonía de múltiples aves cantoras, arrullábales dulcemente, invitándoles á recostarse sobre el verde césped adormecidos por la grata sinfonía.... Allí, en medio de perfecta dicha, dejamos á dos de nuestros preciados protagonistas....

¡Que por siempre continúe su felicidad, son nuestros votos!

CAPITULO LVI

LLEGA EL DELEGADO DEL EMPERADOR

Al caer la tarde de un día primaveral, llegó de Miraflores un propio con una carta para el Gobernador. Este la abrió leyendo lo siguiente:

“Mi querido abuelo: Al medio día han llegado aquí dos caballeros que vienen de Rio Janeiro. Uno es un Delegado que envía á Ud. el Emperador, el otro creo que es secretario. Según me dicen, su objeto es examinar los adelantos del pueblo Espiritu. Creo deber dar á Ud. esta noticia con alguna antelación, por si quiere preparar algo para la llegada de esos señores, puesto que vienen en representación del más alto funcionario del Imperio. Don Gabriel y yo les acompañaremos á ese. Espérenos, pues, mañana de diez á doce a. m. Su nieto, **Alberto.**”

¿Que si había que arreglar? ¡Mucho! Lo primero que hizo fue llamar al organista Rodolfo y decirle:

—Hijo, mañana llegarán aquí dos representantes del Emperador. Reune en seguida á los diez músicos que forman la pequeña banda del pueblo y ensayad bien esta noche la Marcha Real; hay que tocarla al aparecer el Delegado. ¡Cuidado! Todos los instrumentos brillantes de limpieza y bien acordados para que esos señores no vayan diciendo á Rio que no sabéis música.

—No tenga cuidado—dijo Rodolfo—todos sabemos muy bien la solfa.

—Otra cosa: mañana os presentaréis todos muy bien vestidos....

—También lo haremos, señor; somos de un país en el cual se usa gran lujo en las fiestas cívicas.

Fuese el músico, y don Alberto encaminóse casa de Ester á darle la noticia. Era preciso que se presentase al De-

legado: esa ceremonia no podía eludirse por ser la antigua **Jefa**. Debía vestirse con todo lujo y llevar su insignia de Señora Cruzada. De ahí fue casa del Mister á convidarle para el almuerzo del día siguiente: sería de hombres solos. Era bueno que Mariquita se ataviara con elegancia, porque aquellos señores querrían conocer y hablar con alguna dama de las nativas. Le parecía muy oportuno que Mariquita, por ser hija adoptiva de Ester y natural del pueblo, representarse al elemento femenino indio, y se hallase al lado de Ester en el momento de la presentación. Respecto al sexo masculino, algún discípulo aventajado podría representarlo. Arreglado el asunto, don Alberto visitó al artista, al que dió las nuevas, añadiendo:

—Usted asistirá al almuerzo, y no hay que decirle si ha de ir vestido de etiqueta. En mi pueblo no se usa esa ostentación, pero, en ciertos casos no debemos olvidar las fórmulas monárquicas.

—¡Ya lo creo! Por suerte, tengo guardado mi traje de novio; que si no, declinaría el honor de presentarme á esos caballeros.

—¡Pues hasta mañana!

Ahora al hotel. Allí encargó doce cubiertos que fuesen de lo más selecto.

—No reparen en gastos.—añadió—Tengo que obsequiar espléndidamente á los representantes del Emperador, que llegarán mañana aquí. Si pernoctan en el pueblo, como creo, os encargaré una cena regia.

Después de impartidas esas órdenes, el Gobernador dirigióse á su casa jaspeada. Durante el día casi siempre hallábase en el edificio Temis.

Aunque en el último capítulo nos despedimos, bajo la sombra del bosque, de nuestros amables protagonistas, dejándolos adormecidos al seductor arrullo de las aves canoras, esta emergencia fortuita, esta gran novedad de ingresar al pueblo un Delegado de S. M. el Emperador, nos impone el deber de volver á traerles ante el lector. Surgen, pues, nuevamente, porque el gran socialista se empeña en hacer la presentación de su hija al funcionario aquel. ¿Y quién se atreve á contradecir al Espíritu del Río? Caminando á su domicilio monologaba así:

—Esos pobres muchachos se pasan la vida soplándose el polvo mutuamente. Parece que están siempre en esa situación que el mundo, no sé por qué, ha dado en llamar luna de miel. Desde luego ese nombre significa que la cosa es transitoria... y después ¿cómo se llamará...? Yo, que fui

casado, recuerdo bien aquel ya muy lejano tiempo. Quise á mi mujer igualmente sin transiciones de miel ni de hiel. La lloré mucho y nunca pensé en volver á reponerla. Eso se deja para los materialistas que, sin ningún ideal, viven del goce presente y nada más. Esa querida hija, tan desgraciada en la primavera de su vida, adora hoy al esposo que tan indignamente la ultrajó, y pone en práctica todos los giros pasionales para hacerle olvidar el horrible pasado.... Y él ¿olvida? Creo que no. Pero su alma, no su cuerpo, está de hinojos en constante adoración ante esa mujer que abnegada, le perdonó instantáneamente un crimen... ¡Oh, ese lazo es muy fuerte! ¡Será indestructible...!

Así diciéndose, penetró en la casa deteniéndose un poco en el umbral de la puerta de la sala al ver el bonito grupo que formaban César y Angelina. Ella leía con buena entonación una bella composición poética, mientras él, rodeándole con el brazo derecho la cintura, echaba hacia atrás la cabeza con los ojos medio cerrados como para oír mejor la dulce, armoniosa voz que tan bien declamaba.

—¡Buenas noches, hijos! Siento interrumpir la artística velada, pero no puedo detenerme: hay novedades en el pueblo.

—¿Sí?—dijo Angelina levantándose, como igualmente su compañero—¿de qué se trata? ¿Qué pasa?

—Pues se trata nada menos que de una visita imperial.

—¡Cómo! ¿Viene el Emperador?

—Precisamente, él no; pero envía un Delegado que le representa. Mañana de diez á doce llegará aquí ese alto funcionario, con otro caballero que, probablemente es su secretario. Nuestro Alberto y don Gabriel vendrán con ellos: conque prepararse. Tú, César, asistirás al banquete con que obsequiaré á esos señores: será de hombres solos. Como se preguntará por mi familia, tengo que presentar á mi hija. Mañana á las diez en punto, diríjete á la Gobernación; pero muy elegante, para que luzcas hermosa.

—¡Siempre lo es!—saltó el marido.

—¡Ya! ¿Quién alaba a su novia...? El desposado. Fuera de broma, digo que mi hija siempre representará diez años menos de los que marca su fe de bautismo. ¡Vaya! después de este piropo paternal no me negarás lo que voy á pedirte. Acompañada de César, no vaya á pensar que te evaporas, idos casa de Emilia y Graciela, que son las vecinas más inmediatas, y díganles que deseo vayan ellas y todas las demás muchachas á la plaza, mañana á las diez en punto, á presenciar la llegada del enviado de S. M., que viene

exprofeso á examinar los adelantos del Espíritu. Que se vistan todas con sus mejores ropas, y que den esta noticia á todas las indias para que concurran también, llevando sus hijos, si tienen vestidos decentes para presentarse. Yo creo que sí, porque ya el elemento indio, en gran parte, está bien civilizado, y el que más, el que menos, todos poseen buena indumentaria. Es muy importante que mi pueblo presente en conjunto, una agrupación digna de los esfuerzos que hemos hecho para civilizarla. Avisaré á Ruy, para que mañana no trabaje el personal minero: es preciso que todos los hombres concurran sin falta á la plaza. Conque, hijos, vayan á cumplir lo más pronto mi encargo, que corra la nueva al instante, porque muchas tendrán algo que arreglar.

Los esposos marcharon á comunicar las órdenes recibidas. Cuanto á Sorel, volvió á salir, yéndose derecho á las casas de Raimundo y Secundino. Entrevistado con ellos, dijoles lo que ocurría encargándoles que sin pérdida de tiempo diesen la noticia á todos los vecinos de la pequeña ciudad, á saber: mañana á las diez en punto reunirse en la plaza vestidos con las mejores ropas que tuviesen: si entre ellos hubiese alguno que no poseyera vestido decente, esos que no concurrirán, contentándose con mirar de lejos. Nada de comparecer descalzos y en mangas de camisa en una reunión donde trate de exhibirse una agrupación civilizada: eso se deja para la campiña, durante las faenas rurales.

De allí partió el Gobernador á verse con los dos primos y convidarles para el banquete. Don Perfecto dijo que iría; don Manuel, agradeciendo el convite rehusó: su dieta no le permitía asistir.

Como se ve, don Alberto andaba de Ceca en Meca impartiendo órdenes y convidando gentes.

¡Dios nos libre de recepciones oficiales!, porque hacen sudar el cuerpo y la bolsa.

A la mañana siguiente, á eso de las diez y media la plaza presentaba un bello golpe de vista. Todos los vecinos lucían su mejor vestimenta. La noche anterior, después del aviso de Angelina, las canarias diéronse á cortar las colas de sus bonitos trajes de novia; los tenían guardados como oro en paño, desde largo tiempo, y lucían flamantes. Quizá la moda estaría un poco atrasada, pero en el Espíritu no privaban figurines. Con esos vestidos, velo de punto, guantes y abanicos, estaban ataviadas perfectamente á la española. El sombrero es moda exótica en España, Si lo han adoptado allí es porque realmente se acomoda mejor á la libertad del cuerpo; pero el tocado genuinamente español

es la mantilla. Las indias más avanzadas iban arregladas iguales á las blancas. Las otras, que eran la mayoría, con buenos trajes de gasa ó lanilla y sobretodos de seda por los hombros: bien peinadas con lazos de cintas. Cuanto a los dos, mujeres y hombres, bien calzados. Esta multitud no daba nota discordante. Los chiquillos, también muy arreglados vestían de corto y los dos sexos lucían modestos sombreros. Ester portaba su vestido de gala, moaré negro, el deslumbrante collar al cuello, la cruz en el pecho, cuello y puños blancos con guantes de igual color, y abanico de nácar con incrustaciones de oro: la mantilla española era negra. Esa señora, apenas de treinta años, era joven y hermosa, pero en sus grandes ojos negros faltaba el destello de la felicidad que en otro tiempo tenían, exhibiendo al presente tranquila indiferencia por alegrías mundanas. Había sufrido demasiado: el exceso de sus dolores morales no la mató, pero veíase en su rostro la huella del dolor pasado, inspirando simpática atracción, la aureola de tristeza que la rodeaba. Mariquita, con vestido de seda color rosa, mantilla blanca, guantes y abanico de crespón, estaba bellísima. Angelina, mucho mayor de edad que Ester, quizá parecía más joven, porque la felicidad que exhibía el rostro y el brillo de las negras pupilas, donde tomó asiento el amor, rebajábanle muchos años. Vestía de raso color violeta con adornos de punto blanco, guantes color del vestido, pequeña mantilla negra y abanico de plumas: estaba como siempre, muy hermosa. Esas tres damas eran las únicas que individualmente serían presentadas al Delegado; no se podía prescindir de ello. Ni aun Herminia y Enriqueta serían presentadas, porque para serlo, era necesario presentar á todas las demás mujeres de la población. El grupo presentado formaría una especie de clase aparte, una pequeña aristocracia, cosa que un pueblo socialista no puede practicar, so pena de infringir su ley igualitaria. Silvestre Batista y Blas Carrillo, no se alarmaron porque las consortes formaran fila entre las demás jóvenes europeas, con las cuales tenían estrecha amistad.

Los músicos alineados en la plaza, instrumento al brazo, aguardaban la señal de partida.

Los tres pabellones, del Brasil, de España y el propio del Espíritu tremolaban en las alturas de sus respectivas astas. La bandera del pueblo era azul: el escudo central, dos manos enlazadas bordadas con hilo de plata, del borde superior caían sobre la insignia los rayos de un sol naciente, tra-

bajo ejecutado artísticamente, con oro. La alegoría no podía ser más expresiva "El sol naciente alumbrando á la fraternidad". El dibujo era de Carmona: la ejecución, de Ester. La cosa estaba perfectamente confeccionada.

El vigía encargado de avisar la aproximación de los viajeros llegó á escape anunciando que la esperada comitiva divisábase allá á lo lejos en el confin de la pradera. En el acto don Alberto, vestido de rigurosa etiqueta, como todos los suyos, púsose el quepis galoneado, tomó su bastón de mando, únicas insignias que le distinguían de los demás; dió orden a la Banda y a todos los amigos que le rodeaban, que le siguiesen y encaminóse á pie á recibir los altos funcionarios. Al llegar al límite del caserío, hallaronse frente á frente las dos autoridades y sus respectivos acompañamientos. Al momento los recién llegados echaron pie á tierra, mientras que varios paisanos de los que sin necesidad de convite seguían la Banda, tomaron de las bridas las cabalgaduras. El brasileño, que llevaba condecoración, acercóse al Gobernador y alargándole un papel, dijo:

—Tengo el honor de presentar á V. S. mi carta credencial.

Sorel, después de pasar la vista por el escrito inclinóse profundamente, contestando:

—Sea V. E. bienvenido á este pueblo que se honra con tan ilustre huésped. Después diéronse la mano.

—Presento á V. S. mi secretario particular, don Romeiro Briscairo.

—Me honro con su conocimiento, dijo Sorel dándole la mano.

Así, sucesivamente fueron haciéndose las presentaciones de rúbrica, entre los enviados y los amigos de don Alberto.

El Gobernador y el Delegado al frente, alineándose los demás parados, fueron entrando en la ciudad seguidos de la Banda que tocaba una marcha real. Don Alberto y el gran señor, durante el trayecto cruzaban algunas frases, de las cuales se desprendía que el caballero capitolino no esperaba hallar tales adelantos en un pueblo, cinco años antes, salvaje y desnudo. Al llegar á la Gobernación dijo, sin pasar el umbral.

—Permítame un momento V. S.: antes de entrar quiero echar una ojeada al numeroso gentío que veo congregado en esta plaza.

Y sacando del bolsillo unos gemelos pequeños, asestólos hacia la multitud examinándola con detención.

—Veo, señor Gobernador, que en vuestro pueblo hay mucho tipo blanco...

—Esos son los que traje de Europa para la erección del pueblo. Pero observe con cuidado y V. E. reconocerá por el color la raza india.

—En efecto, veo muchas que por su tez parecen tales; pero su vestido no indica esa distinción: esas morenas parecen señoras.

—Y, actualmente, lo son. Me permito recordar á V. E. que en un pueblo socialista no existen categorías divisorias. Según nuestra Ley, toda persona educada es igual entre sí, y como esos indios que están á la vista dejaron ya de ser brutos, los consideramos iguales á nosotros. No son ilustrados ni científicos, pero para estimarlos nos basta su educación moral. El nuevo pueblo, aun cursa en la escuela: ese será más instruido. Respecto a sus padres, no les pedimos más que la honradez, y esa la tienen.

El Delegado, haciendo signo de aquiescencia guardó los binóculos y entró en la sala con el Gobernador. Todos los amigos les siguieron. Angelina, Ester y Mariquita, pusieron en pie. Comenzaron las presentaciones. Ester dijo al presentar á Mariquita que era nativa del pueblo, huérfana é hija adoptiva de ella, hoy esposa de Mister Ruy. No fué poca la admiración de los cortesanos al ver una india tan preciosa. S. E. hizo profunda cortesía á Ester elogiando su gran valor por haber afrontado durante tantos años una vida rodeada de penalidades sin cuento, entre salvajes desnudos. Y sobre todo, señora, no tengo voces para felicitaros por vuestro arrojo, con el cual supisteis extirpar el antiguo canibalismo de un pueblo feroz.

—Eso, señor, se le debe al Jefe Cisne y no á mí.

—A vos sola, mi señora; sin vuestra poderosa influencia aun existiría aquí la horrible costumbre.

—Talvez... añadió Ester. De todos modos doy las gracias á V. E. por el concepto que se digna formar de mí.

Angelina, presentada por su padre, cruzó algunas frases con el Delegado, viéndose bien que éste miraba con deleite la gran belleza de nuestra heroína, cosa que actualmente tenía sin cuidado al antiguo Otelo: ahora sabía bien la gran intensidad conque era amado.

Poco después las damas se retiraron, y el Gobernador invitó á los señores á pasar á la segunda sala donde estaba servido el almuerzo. Si faltó doña Toribia para el arreglo de mesa, las jóvenes artesanas lo habían aprendido de ella, y la mesa, atestada de buenas, variadas viandas, entreveradas

con floreros llenos de flores de exquisito perfume, no dejó nada qué desear. Hubo vinos y licores de primera, porque el señor Gobernador, tenía de ellos algunas cajas guardadas en previsión de alguna visita de forasteros, que pudiese llegar al Espíritu. Durante la comida, la Banda, situada en el salón inmediato, ejecutó algunas piezas alegres, entre ellas la Jota aragonesa que los señores capitolinos oyeron con la mayor complacencia, y hasta les hizo olvidar la etiqueta, porque los pies, no estuvieron queitos del todo durante la incitante armonía. María quiso meter algo de su arte en ese banquete. Allí había dos platos confeccionados por ella: uno de pescado fresco en sabroso escabeche: otro, para postres, consistía en una gran bandeja de "biemesabe" en cuya orilla redondeábase una gruesa trenza de masa de turrón, formando su color blanco, bonito contraste con el amarillo del dulce. Para buenos platos María. ¡Lástima que tuviera ya tantos años! Pero como se conservaba sana y fuerte, bien podría alcanzar al siglo. ¡Así sea!

Terminado el almuerzo, el Delegado quiso visitar las cercanías de la ciudad. En seguida todos los hombres montaron á caballo dirigiéndose á las afueras. Lo primero que llamó la atención de S. E. fué una caseta redonda construída de cal y canto, que tenía una puerta muy sólida á juzgar por sus planchas herradas. El Gobernador dijo, que aquel torreón era el depósito de las armas de fuego, pólvora y balas, pues aunque en su pueblo no privaban las costumbres bélicas respecto á los hombres, era preciso hacer la guerra á las fieras, única guerra digna de gentes civilizadas. De tiempo en tiempo, se daba una batida al bosque para ahuyentar lobos, leones y jaguares que serían, si no se combatieran, terribles destructores del ganado. Ya terminada la función, las armas volvían al depósito donde quedaban en paz hasta otra campaña. Así habíase logrado ahuyentar las bestias feroces que al principio quisieron acercarse. El bosque se extendía por leguas, así es que esa extirpación de fieras, efectuábase tres ó cuatro veces por año.

Caminando poco más, pronto apareció un inmenso prado cercado de alambres; formaba un gran cuadrilátero y estaba lleno de ganado. En la primera esquina alzábase un poste que tenía clavada una tablilla donde en letras gordas se leía "Terreno del Magisterio". De cincuenta en cincuenta metros, se elevaban postes iguales conteniendo la misma inscripción.

—Según entiendo—dijo el Delegado—este gran prado pertenece á los Maestros.

—Ciertamente, está dedicado á ellos. De ahí, es decir, de su producción, viven los que enseñan. No pudiendo ocuparse en oficio alguno sino en el profesorado, como aquí no se pagan sueldos, cerqué esa llanura, proveyéndola de suficientes reses. Los profesores tienen contratado con labradores de pueblos cercanos á la capital, todo el ganado apto para el expendio. Los contratistas vienen á llevarse la mercancía y dejar el pago. Después, ante mí, ó de algún inspector, se divide el dinero por partes iguales entre los maestros de ambos sexos; quedando así perfectamente retribuidos sus trabajos profesionales. Además, tienen otra gran entrada con la venta de la leche. Hay en el pueblo un par de familias que la compran toda para convertirla en queso. Esas familias sacan los terneros del encierro, ordeñan y se traen la leche á su casa, cuidándose en la tarde de volver á encerrar los becerros. Como las vacas son muchas, la leche se mide por baldes. Esos trabajos se efectúan muy temprano, y algún maestro, por no ser hora de clase, presencia la medida y recibe el pago, porque todo se paga aquí al contado; no hay necesidad de crear deudas donde sobra el dinero. Esos dividendos de la leche no hay para qué presenciarlos: los dueños los reparten entre sí. Si se presencia el pago que procede de cabezas de ganado, apenas es por pura fórmula igualitaria, pues en los repartos rurales hay inspectores, pero los maestros están á la altura moral que pide el sistema socialista. Los que confeccionan el queso lo llevan todos los meses por quintales al puerto, donde también ese producto lo tienen contratado, recibiendo en el acto gran cantidad de duros. Vea V. E. cómo un pueblo entero puede vivir con holgura y guardar todavía algunos ahorros. Los indios más viejos, no han dejado sus costumbres de caza y pesca, pero eso, que antes no les producía más que para comer, hoy les ha formado un ramo de riqueza. Ellos aman ya las relucientes monedas que antes no conocían. Su producto de caza y pesca les hace dueños de ellas; porque esos víveres se consumen entre los vecinos, que los compran al instante; y de este modo, los pescadores y cazadores se animan á continuar con tesón su trabajo. Es indudable que un poco de ambición, es buena para estimular, y extirpa la pereza. Nuestro sistema no pide ciertamente la apatía é inacción: pide el trabajo moderado, y la riqueza que cualquiera industria produzca, repartida igualmente entre todos los asociados en ella.

—Perfectamente—dijo el cortesano—todo está muy bien organizado. ¡Ojalá se hiciera otro tanto en todas partes!

Los brasileros y acompañantes encamináronse á ver la mina. Esta aún no se explotaba, sino en sentido horizontal, y a cosa de dos metros de profundidad; era muy ancha y las excavaciones iban parejas, no extendiéndose á la sazón á más de una milla, no obstante, de allí habíanse extraído millares de toneladas del superior combustible. ¡Qué pérdida para los ambiciosos dueños de minas, que pagan a los tristes mineros con un simple salario, dejándose para sí la gran riqueza que pronto los convierte en millonarios!

Los viajeros recorrieron el territorio hasta una media legua y viendo que la cosa no daba fin, habiendo dicho el Gobernador que la mina se prolongaba mucho más, en iguales condiciones, S. E. optó por volverse al pueblo.

Desmontando al llegar, don Alberto invitó á todos á irse al Templo. Avisado el organista y los jóvenes que acostumbraban cantar antes y después de las pláticas dominicales, hallábanse en el camarín aguardando órdenes. Poco después llegaron los señores; sentándose el Delegado cerca de los altares, todos descubiertos y alumbrados por sus dieciocho velas de cera, y en seguida el Gobernador y todos los demás. Mientras el funcionario examinaba la belleza de los cuadros, dejáronse oír las armonías del órgano, flauta, clarinete y requinto; y acto continuo elevóse la Oración Dominical cantada á cuatro voces, que eran: el tenor José María, el bajo Rubén, la tiple Julia y la contralto Araceli. Los señores capitolinos estaban agradablemente impresionados. . . . Cuando terminó el canto, el Gobernador invitó á sus huéspedes á examinar más de cerca las pinturas.

—No tiene V. S. sacerdocio en el pueblo?

—Sí, Excelencia, tengo un sacerdote magnífico: no ha podido concurrir á la mesa porque su delicada salud le prescribe la dieta. Esta noche tendré el honor de presentarlo á V. E. Las enseñanzas religiosas se concretan á explicar la misma doctrina que el Gran Maestro, que representa ese cuadro, está ahí impartiendo á sus numerosos oyentes. Todos los domingos, previa la oración cantada, que V. E. acaba de oír, el sacerdote con fácil y elocuente palabra, dice una plática, no muy larga, que gira siempre sobre el tema del Sermón de la Montaña y las Obras de Misericordia, que constituyen la esencia de aquél. Respecto á este cuadro que representa el Cenáculo, hay un día Jueves en el año en que se conmemora la Última Cena, haciendo el sacerdote una reseña del a vida y muerte de Jesu-Cristo y acto continuo se da á todos los presentes un panecillo y una copa de vino

practicando la comunión tal cual se usó en los primeros tiempos del cristianismo, diciendo á todos que aquella ceremonia se hace porque el Gran Maestro dijo: “Haced esto en memoria mía.”

—Luego ¿no se enseña aquí el Milagro Eucarístico?

—Se guarda absoluto silencio sobre el particular, atendiendo á que mi pueblo hace pocos años era canibal. Sería muy peligroso enseñarle que se puede comer vivo á su Dios porque podría pensar que entonces no sería malo comerse á un hombre y volver á las antiguas costumbres.... Los feligreses reciben la comunión de rodillas, recitan el Padre Nuestro y se van.

El Delegado estaba pensando: “Creo que eso sería lo mejor; la Ciencia no admite misterios.... lo más prudente sería marchar a su lado.... si no, el antiguo edificio se derrumba....”

Ya examinado el Cenáculo, fuéronse ante el nacimiento.

—¡Precioso cuadro!—dijeron los enviados—Todos son buenos, pero éste exhibe tan poética verdad, que nos transporta al lejano suceso que representa. Supongo que será del mismo autor que los demás?

—Acierta V. E., y el artista es el que hizo el retrato de la **Jefa**, enviado al Emperador: es este caballero, señalando al arquitecto.

El Delegado acercóse á Carmona, estrechándole la mano, diciendo:

—Ud. señor mío, es un genio. Si quisiera venirse con nosotros, estoy seguro que S. M. le nombraría á Ud. pintor de cámara.

—No me juzgo digno de tan alta honra. V. E. me atribuye méritos que realmente no poseo.

—¡Ah!—dijo el cortesano—el verdadero talento siempre fué modesto.

—¿Y cómo, señor Gobernador, se explica á los catecúmenos lo que representa este cuadro?

—Diciéndoles que el infante que yace en tan pobre cuna, es el mismo que, ya hombre, está retratado en el otro cuadro, enseñando las verdades eternas en su Sermón de la Montaña. Que la señora joven y el hombre algo anciano, son los padres del niño. Al mismo tiempo se explica el motivo por qué se vieron obligados á pasar la noche en un pesebre en compañía de las dos bestias que exhibe la pintura. Se les hace el panegírico de los esposos María y José, exhortándoles á que deben mirar con respeto y veneración á esos personajes: se les dice que aquellos hombres que se acercan

á la cueva son pastores atraídos á ella por la luz estelar que la rodea, y que aquella luz significa, que el infante que ha nacido allí dará un día la luz al mundo.

Después de estas explicaciones comienza la música acompañando una salve en verso cantada por las jóvenes que poseen buena voz, en loor de María, seguida de un himno á José y unos versos al infante. Todo eso se efectúa la Noche Buena, que es cuando se descubre el Portal, quedando visible hasta el día de Reyes, que vuelve á cubrirse, sin destaparle hasta el siguiente año.

Pero todos los vecinos en sus respectivos domicilios, bien solos, bien acompañados con otras familias, con espléndidas cenas celebran el fausto acontecimiento. Al día siguiente se efectúan fiestas populares, á las cuales asisten todos mis gobernados. Esas diversiones consisten en bailes, carreras de caballos, rifas, cucañas y otras por el estilo, no figurando nunca en ellas sangrientos espectáculos, como son las corridas de toros y riña de gallos. Huyó siempre de fomentar en mi pueblo los instintos feroces, que necesariamente despiertan en el hombre, ante luchas de sangre y destrucción. No quiero un pueblo bélico: lo quiero pacífico, honrado y trabajador. Como manda la verdadera Moral cristiana, rechazo de todo en todo la guerra, causa de las mayores calamidades que han existido y existen en el mundo. V. E. sabe por la Historia, que las luchas humanas se remontan á tiempos fabulosamente lejanos, puesto que existen pruebas fehacientes de que los hombres prehistóricos se destrozaban entre sí. Ya fundadas las agrupaciones ó pueblos, continuaron, casi sin tregua, exterminándose unos á otros, siendo notable que las matanzas en nombre del Altísimo, fueron siempre las más feroces. Mucho más tarde Jesu-Cristo, con su Moral pura, enseñó la fraternidad humana. Esa enseñanza se encamina á perfeccionar el fuero interno ó conciencia del hombre. Si esa doctrina se cumpliera, el sistema fratricida ó guerrero, caería por sí mismo. Hase dicho por algunos, que el cumplimiento de la ley cristiana no engrandecería á los pueblos, sino que los haría decadentes. Ese es un gran error. Sin duda los hombres que tal dicen se fijan en aquel largo período llamado Edad Media, en el cual reinó la mayor obscuridad en Europa, atribuyendo al cristianismo aquella época de barbarie.

No fué ciertamente, la Moral cristiana la que practicaron aquellos señores de horca y cuchillo: estaban bautizados pero jamás cumplieron con la ley de Cristo. La ignorancia supina de aquellos magnates, tan grande que no co-

nocían las letras, de la cual se jactaban duques y condes, diciendo: "No sé firmar porque soy noble". Esa gran ignorancia de aquellas gentes, fué la causa verdadera de la decadencia medioeval, nunca el credo cristiano, que, como he dicho, jamás practicaron aquellos feroces castellanos que diariamente guerreaban, tratando de tomar por asalto el Castillo de su vecino y cometiendo hechos horribles que sería difuso enumerar. El cristianismo con la sucesión de los tiempos, ha sufrido grandes cambios, bien inútiles para sostener la pureza de la pristina enseñanza. Pero es innegable que el hombre, como ser inteligente y racional, está sujeto á la ley del progreso. Poco á poco irá perfeccionando su intelecto hasta que, ya hecha la selección, acepte por íntimo deseo lo que no acepta hoy sino con cortapisas. Entonces reinará la fraternidad humana y, saltando por cima de muchos siglos, aparecerá triunfante la Buena Nueva, detenida casi desde su proclamación por la espada y el fuego. Dispense V. E. mi largo discurso, pero cuando toco esas materias, una fuerza impulsiva me impele á hablar olvidando que mi auditorio pueda aburrirse con mi disertación.

—No hay tal—dijo el Delegado—por el contrario huélgome mucho escuchando á V. S. teniendo á mucha honra departir con un sujeto que ha sabido implantar ya la verdadera doctrina, pues el Socialismo no es otra cosa que la forma tangible del espíritu de aquélla. ¡Ojalá cundiera por el mundo! Crea V. S. que toda recta conciencia reconoce la excelencia de ese sistema, pero tiene en contra una falange tan poderosa....

—Sí, señor: la falange capitalista que continúa estrujando al pobre... porque sí.

CAPITULO LVII

DIALOGO DE S. E. Y EL JOVEN ESCOLAR

HORACIO

Al dejar el Templo, visitaron la Escuela, y el Delegado, queriendo informarse de todo para dar noticia al Emperador, preguntó por los adelantos de los escolares, contestando Sorel:

—Con permiso de V. E., después de cenar llamaré á un discípulo, y él mismo podrá daros las explicaciones que deseáis, pues creo que la causa se conoce mejor viendo sus resultados: es decir, podemos calificarla de buena ó mala, según los frutos que produzca.

—Así es—terminó el cortesano.

Avisados para la comida, que fue tan suntuosa como el almuerzo, la terminaron en una hora, y después de un rato de sobremesa, el Gobernador invitó á los señores capitulinos á seguirle al domicilio donde pernoctarian. Encamináronse, pues, á la de don Alberto: los acompañantes despidiéronse en la puerta, entrando los otros. A la sazón, Angelina tocaba el piano y viendo llegar los brasileros, César y Sorel, púsose en pie. Los cortesanos, después de atento saludo, invitáronla á continuar la música, cosa que ella, sin hacerse de rogar, ejecutó. Después manifestaron deseo de que cantase algo; contestó que, aunque hacía mucho tiempo que no cantaba, ahora, por complacer á los señores, trataría de recordar algo.... En consecuencia, escogió en su memoria alguna sonata alegre, no quería entristecer á César con un canto sentimental, y entonó una de esas canciones andaluzas tan alegres como de atrayente melodía. Su voz de primavera, y la gracia de ejecución, entusiasmaron á los oyentes que la ovacionaron ruidosamente. Ya los señores,

llevarían á la capital la noticia de que en el pueblo Espíritu no faltaba nada respecto á civilización.

Terminado ese episodio, don Alberto salió, volviendo pronto acompañado de un joven de diecisiete á dieciocho años, alto y muy desarrollado para su edad, indio de pura raza, hermano de Argentina, la del arquitecto. Su nombre era Horacio, uno de los discípulos aventajados de la escuela.

Al entrar saludó profundamente, quedándose en pie.

—Este caballero—le dijo Sorel, señalando al brasilero— es S. E. Delegado del Emperador; desea preguntar á Ud. algo sobre educación, y la manera cómo se le ha impartido á Ud en nuestra escuela.

—Me honra tal deseo y procuraré complacer á S. E.

—Sírvasse Ud. sentarse, joven—dijo el funcionario, señalando un sitio cercano á él.

Sentóse Horacio y dió principio el interrogatorio que va al frente.

Delegado.—¿Cree Ud. necesaria la educación del hombre?

Horacio.—La creo tan necesaria para el desarrollo de la inteligencia, como los alimentos para el del cuerpo.

Delegado.—Por qué?

—Horacio.—Porque el hombre sin educación, se puede asimilar á la bestia en sus acciones y modo de ser, pues careciendo de aquella, no podrá refrenar las malas tendencias con que viene á la vida.

Delegado.—¿No sabe Ud. de algunos hombres educados, que á pesar de su ilustración practican esas malas innatas tendencias?

Horacio.—¡ Ah, por la Historia conozco muchos cuyo sitio debiera ser el prado donde pastan las bestias, sus congéneres. Pero esos hombres son instruídos, no educados: en la educación el primer elemento es la Moral, sin ella no hay educación. En la instrucción se hace poco caso de ella; supónese que el que estudia ciencias, ya antes cursó las asignaturas que deben preceder á los estudios científicos, y en las cuales se enseña la Moral; mas, si el sujeto no aprendió ésta, aunque llegue á ser un sabio calificado, nunca será bueno.

Delegado.—Así es, en efecto. ¿Cómo se le ha impartido á Ud. la enseñanza?

—Horacio.—Desde el primer día que llegué al aula, doña Ester nos dió oralmente una lección de Moral. Esa señora sabe el idioma nativo de este pueblo, que nosotros, los venidos de Miraflores, también sabemos; de ahí que la

dama, por mucho tiempo fuese la maestra de Moral. Esa lección dábase en común á hembras y varones; terminada, las jóvenes se iban con otras dos maestras á continuar su aprendizaje en otra aula, y nosotros dábamos comienzo al conocimiento de la lectura, escritura y numeración, simultáneo. Todos los días la enseñanza fue igual hasta que supe leer, escribir y algo de Aritmética. Entónces las lecciones fueron más difíciles, siendo cada día más complicadas, pero las lecciones orales de Moral, eran siempre impartidas al entrar en clase. Paulatinamente fui aprendiendo Gramática, Geografía, Física, Geometría, Química y algunas otras ciencias de las que no admiten controversia, que creo deben denominarse exactas, porque en todas partes del mundo son iguales, y no hay peligro de que otros más sabios echen á rodar lo que aprendimos. Por ejemplo, todo idioma tiene artículos, sustantivos, verbos, etc. En todas partes dos y dos son cuatro, etc. También se reconoce sin discusión que un triángulo equilátero tiene sus tres lados iguales, etc. Nadie puede negar que Río Janeiro, está en el Brasil, ni tampoco que España es una península, lo mismo que Inglaterra una isla, etc., no se niegan en ninguna parte los conocimientos físicos ni las transformaciones químicas... Esas, pues, son ciencias que nadie puede atacar.

Delegado.—Muy bien!, pero en ese programa no veo figurar la Historia, que también se acepta igual en todas partes.

Horacio.—El maestro cree que es superfluo dar esa enseñanza á niños que no saben discernir lo bueno de lo malo que contienen esos tratados. Cree, y así lo practica, que al cumplir los alumnos diez y seis años, es cuando debe ponerse en sus manos la Historia de los hechos antiguos, medios, modernos y contemporáneos, porque á esa edad, habiendo afirmádose, por medio de la adaptación moral, de las lecciones diarias, el conocimiento exacto de lo bueno y lo malo, el alumno puede formar juicio de lo que lee y no pierde su tiempo en aprender de memoria cosas que no entiende. Ya, por su inteligencia desarrollada, entiende y puede juzgar qué pueblos fueron los más grandes y por qué causa lo fueron; qué reyes fueron mejores y cuáles peores; qué sistemas gubernativos merecieron aplauso ó baldón de sus contemporáneos; quiénes los hombres eminentes que florecieron en tal ó cual época y á qué se debió su prestigio, etc.

Delegado.—Me parece superior ese sistema de enseñanza histórica. La razón de los niños, no está aún en estado

de formar juicio sobre lo que aprende de memoria. Después de la Historia, ¿qué más aprendió Ud?

—Horacio.—Todas, ó casi todas las historias que admiten controversia: por ejemplo, la Geología, la Historia Natural, la Antropología, la Astronomía y alguna otra. Todas esas ciencias son atacadas por el Sistema Tradicional, que también conozco. El Pentatéuco da cuenta de la formación del Universo y de todos los seres que lo pueblan, enteramente contraria á lo que sobre el particular dicen las ciencias antedichas. Aquel, apoya sus afirmaciones en hechos tradicionales, éstas en hechos experimentales y tangibles. Nuestro profesor, como he dicho, sólo cuando por nuestra edad y desarrollo mental, estamos aptos para formar juicio, pone en nuestra mano esas historias, diciéndonos: “En esos libros veréis en lo que estriban la mayor parte de las controversias mundanas, que hombres eminentes han sostenido y sostienen, sin fijarse siquiera en que nada de esas famosas batallas de bonitas palabras y brillantes cláusulas, mejora el fuero interno, ó conciencia del hombre, que es el fin que debe proponerse todo autor ilustrado: ¿qué importa al perfeccionamiento humano que el hombre tenga origen divino ó material? Lo que importa es despojarlo de su barbarie lo más pronto posible. Leed esas Historias; no las estudiéis de memoria, sino fijad bien vuestra atención en las afirmaciones en pro y en contra que sostienen. Después, formaréis vuestro juicio: vuestro criterio os dirá cuál de esas enseñanzas es verdadera ó falsa. La Moral pura que siempre os he impartido os guiará al conocimiento de la luz. Después, vuestro intelecto ya ilustrado, guiará vuestra facultad volitiva hacia lo que creáis mejor. Estoy muy lejos de imponeros cuál de esos textos debéis seguir. La conciencia del hombre es lo único que posee verdaderamente libre; lo que deseo es que esa conciencia no pierda sus sentimientos de buena Moral, eso es lo que importa para la felicidad del hombre. Por lo demás, sois libres de acoger ó rechazar tal ó cual sistema.”

Delegado.—Joven, os doy las gracias por vuestras explicaciones, y aunque conozco que poseéis aptitudes para explicarlas más, sobre todo en el juicio que vuestras lecturas os merecen, me concreto á haceros otra pregunta: ¿Sabéis la Mitología?

Horacio.—Bastante: aunque es una religión inmoral y disparatada, nos dice el Profesor, que es útil saberla por si alguno se dedica á la profesión literaria, que pueda entre-

sacar de aquel fárrago de inverosímiles creencias, algunos giros ó brillantes metáforas para adornar sus escritos.

Delegado.—Así es en efecto. Repito á Ud. las gracias, quedando, por medio de mi interrogatorio, perfectamente impuesto de los adelantos escolares que se realizan en este pueblo excepcional, que admiro.

S. E. se dignó estrechar la mano al joven indio, el cual saludando profundamente, marchóse á su casa.



CAPITULO LVIII

CONCLUSION

El Delegado, ya impuesto de todo lo que quería saber sobre los adelantos del Espíritu, anunció que partiría al día siguiente en la mañana, Angelina y esposo cedieron sus habitaciones á los cortesanos, yéndose el matrimonio á pernoctar á casa de Ester que les recibió con mil amores. Su casa no tenía más habitantes que ella y ña Petra la india. Juana y Fernando se habían casado y habitaban en sus respectivas casas. Estos huéspedes, siquiera por aquella noche la animaban bastante. Había piano, y pasáronse la velada tocando y cantando. En la escuela también lo había y Ester era la maestra de música. Cuando las discípulas supieran tocarlos, no faltarían pianos en el pueblo. Mariquita, que antes no pudo aprender el divino arte, porque en su rancho no había instrumento, ahora lo aprendía con ahínco, tocando ya piezas sencillas.

Al amanecer ya comenzaba á reunirse gente en la plaza. Había circulado la noche anterior la noticia de que los señores enviados partían temprano y todos querían presenciar la partida. El Gobernador, César, Carmona, Silvestre, Blas y Ruy acompañarían á los viajeros hasta Miraflores, ó algo más largo. Pero las señoras también quisieron ser de la partida. Angelina, Ester, Mariquita, Herminia y Enriqueta, como asimismo tres jóvenes indias que desearon acompañar, ingresaron en la cuadrilla; Raimundo y Secundino, muy populares entre el pueblo, no quisieron quedarse atrás. Quanto á Sorel, muy contento de verse acompañado por el elemento indio que espontáneamente engrosaba la cabalgata. Con Alberto y Castañeda eran diez los hombres que acompañaban á los cortesanos, formando un total de doce y con las damas, que eran ocho, llega á veinte el personal. ¡No

quedarían poco ufanos los capitolinos, de llevar ese séquito donde figuraban tan bellas mujeres! La vieja María que en la tarde anterior no puso mano en el banquete, quiso desquitarse en el último desayuno, presentando en la mesa unos ricos panecillos de huevos, azúcar y mantequilla, de exquisito sabor, como también unas rosquillas de almendra que no había más que pedir. Este último plato llamó la atención gastronómica de los forasteros. Conociendo Sorel que el Delegado tenía predilección por aquel manjar, dijole:

—Señor, si me atreviese rogaría á V. E. que se llevara á Río Janeiro, algunas de esas rosquillas como muestra del arte culinario del Espíritu; talvez no se conocen allá...

—Tenéis razón: nunca probé dulce tan sabroso: ya que me dáis la venia voy á llevar algunas para que el Emperador, se entere de cuanta cosa buena se hace en vuestro pueblo.

El Gobernador apresuróse á envolver en un papel todas las rosquillas de la bandeja, que no bajaban de dos docenas, después en fina servilleta, y las dió á S. E. que guardólas en su carriel de viaje, dando gracias.

Todas las damas con elegantes amazonas, incluso las tres indias, montaron en sus respectivas cabalgaduras haciendo igual cosa los doce hombres. A la cabeza el Delegado y el Gobernador, seguidos por parejas de señoras y caballeros, guardando el mismo orden, desfilaron por el pueblo. Detrás iba la banda tocando la Marcha Real. Tenian orden de tocar hasta la salida del pueblo. Como ya la etiqueta no mandaba estarse alineado en la plaza, hombres, mujeres y niños, por el gusto de oír la música siguiéronla hasta que llegó al punto indicado para guardar silencio. En el acto resonó un grito estentóreo. ¡Viva el Emperador del Brasil!

¡Vivaaa...! contestaron unísonas más de mil voces.

¡Viva nuestro Gobernador! ¡Vivaaa...! contestó todo el pueblo. El Delegado y don Alberto, volviéronse en la silla y destacándose saludaron al pueblo, partiendo en seguida al galope toda la cabalgata, que hasta allí, por deferencia á los viandantes, caminó al paso.

Los dos primos, sacerdote y sabio, á última hora, llegaron á escape incorporándose á corta distancia del pueblo con los viajeros.

Hemos de decir que el viva al Emperador había sido ordenado por don Alberto; pero el que le dieran á él mismo fué espontánea ovación del pueblo que lo veneraba.

Don Alberto tenía preparada una sorpresa á los brasileños. Al llegar frente á la puerta de la Gruta, dijo al Delegado:

—Señor, ¿quiere V. E. conocer la maravillosa morada donde viví solitario durante cinco años?

—Sí, sí; tendré el mayor gusto de verla y dar detalles á S. M.

Don Alberto sacó del bolsillo la llave que á prevención llevaba, se apeó, invitando á todos los que no conocían la cueva á que le siguiesen. Encendió un rollo de cerillo y abriendo la puerta entraron en el callejón, descendiendo de dos en dos. Los cortesanos y todos los que no habían visto la maravilla, lanzaron una exclamación de sorpresa al contemplar lo que puede hacer por sí misma esa fuerza potente y ciega denominada Naturaleza. Salieron por el túnel á la ribera. La Paula, á quien sólo nosotros reconocemos bajo la elegante amazona y sombrero de plumas, era una de las tres indias. Mirando hacia allá en diagonal dijo á las otras dos:

—Mirad, aquel es el pico de la Somada Alta; desde allí veíamos al que vosotras llamabáis "Espíritu del Río". Yo, como os ví tan empeñadas en vuestra creencia, no dije nada, pero bien sabía que eso era una superstición...

Justamente, fue ella una de las más creyentes en el Espíritu aquel... Esta es fiel trasunto de los sujetos que, ya encrustados, niegan en redondo su bajo origen, por pura vanidad; cosa inútil, y hasta necia, porque su negación no destruye la verdad.

Después de examinados Gruta, ribera y vallecito, salieron todos, cerrando Sorel y guardándose la llave. Cabalgaron poniendo derrotero al Norte aparecieron á poco las vueltas. Bajadas, atravesaron puente y llanura desmontando en el patio de Miraflores, donde fueron recibidos por Armida, doña Toribia y doña Antonia. Después de corto descanso, S. E. manifestó que partiría en seguida, pues precisaba llegar pronto á la capital. Fueron invitados á pasar la noche en la hacienda; pero dando efusivas gracias, el funcionario no aceptó, alegando la premura del retorno. Al punto las tres recibidoras fuéronse á disponer un buen almuerzo, secundadas por un par de mujeres que doña Antonia y Armida, tenían en sus respectivos domicilios como ayudantas en las faenas domésticas. Eran mujeres de edad madura á las cuales trataban de igual á igual, sin pagarlas salario, sino consideradas como miembros de la familia; vestíanlas decentemente proveyéndolas de cuanto necesitaban. No tenían instrucción, y eso formaba la verdadera desigualdad social, pero eran honradas y discretas para saber imitar, en todo lo posible, el comportamiento de las señoras; y como

quiera que hacía años practicaban las maneras y modos urbanos, ya se aproximaban mucho al porte señorial. Después del exquisito almuerzo, los señores capitolinos despidieron de las damas y montando en buenos caballos de refresco, emprendieron el retorno á sus lares seguidos por todos los caballeros, que les acompañarían hasta una legua de distancia punto en el cual se bifurcaba el camino en dos, uno conducía á la capital de Pará, el otro á la del Imperio. Podían efectuar la vuelta desde Belén, pero más divertido por tierra, viendo caseríos y pueblos durante el trayecto.

S. E. tenía gustos turistas, ofreciendo al Gobernador, que volvería á visitarle dentro algún tiempo, quizá, acompañado por algunos que quisieran conocer la famosa Gruta...

—Tanto deseo que tenía de verla, dijo doña Toribia á la antigua Elisa.

—Pues no lo prueba con hechos, porque no llega al Espíritu.

—Y si me voy ¿quién cuida á los pequeños?

Diremos que Armida, á pesar de tener dos hijos, no dejaba de meterse por milpas y socolas en compañía del Cazador, endosándole la prole á doña Toribia, para corretear por oteros y lomas con Alberto.

—Es verdad, dijo Angelina; Ud. se hace cargo de los chiquillos para que la madre zanqué por valles y cerros, siguiendo al marido en la caza.

—¿Y es Ud., querida Angelina, quien puede reprocharme esa conducta?

—¡Ah! no, no! Yo soy peor que tú, porque mi edad ya es bastante para tener juicio, y sin embargo, no le tengo, ni creo tenerlo jamás, tratándose del particular. Sigo á César, á todas partes como si fuera su sombra. Estuve muchos años sin verlo: ahora tomo el desquite... venid chiquillos, dijo al ver llegar saltando dos preciosas criaturas.

Saida, la mayor, tenía algo menos de cuatro años, era fiel trasunto de Armida, con los negros ojos de Alberto. El varón frisaba en las dos primaveras, muy parecido á su abuelita Angelina y en las pupilas azul oscuro al abuelo César y á su madre Armida. Los dos eran tan bellos como sus ascendientes. Tras los primeros llegaron corriendo otras dos personitas; eran los hijos de doña Antonia. Guillermo, ya un caballero de seis años y Delfina de tres, también eran bonitos y sobre todo, robustos. Esos dos chicos corrieron hacia la madre abrazándola las rodillas mientras Saida trepaba á las de Angelina y Adalberto tiraba de la falda á Armida para que lo alzara.